

ros elementos de la náutica. Así que lo juzgó medianamente instruido, lo entregó al capitán Phillips. El capitán tenía en esos momentos entre manos un viaje muy corto y fácil, pues iba nada ménos que al polo del Norte á descubrir un paso para el mar del Sur, por entre regiones la mitad del año oscuras y la otra mitad iluminadas por las auroras boreales, y siempre cubiertas de montañas de hielo. Con este capitán partió Nelson el año de 1773. Una vez que hubo llegado á las regiones polares y estableciéndose el capitán en un invernadero, como es de necesidad en tales expediciones, Nelson se encontró á poco mas ó ménos ocioso y sin tener en que ejercitar su actividad; pero muy pronto le ocurrió el medio de ocuparse y distinguirse por su intrepidez y valor.

Se propuso pelear con los osos blancos; pero no contento con hacerlo en compañía de los marineros, entabló un dia una lucha personal con un grande oso blanco. Tomó una hacha, se dirigió al punto donde vió un oso y lo provocó. El oso, con la furia propia de esas fieras del polo, se arrojó sobre el jóven para ahogarlo con sus brazos y romperle el cráneo con sus dientes; pero Nelson acertó á darle un hachazo en la cabeza y su adversario cayó muerto en el suelo.

Cuando preguntaron á Nelson los oficiales de la tripulación por qué había hecho ese acto de temeridad, respondió con la mayor calma:

XVI.

HORACIO NELSON.—CRISTOBAL

WREN.

Nos ocuparemos ahora de hacer algunos recuerdos del célebre marino. Nelson, desde niño, fué resuelto, atrevido, firme en todas sus determinaciones. Sus maestros y sus padres se alarmaron al observar en tan tierna edad algunos rasgos de un carácter indomable.

Su tío el capitán Suckling, calculó que lo mejor que podia hacerse con el niño, era enseñarle la náutica y echarlo por esos mares de Dios á que corriera peligros y aventuras. El tío lo queria mucho y no pudo darle mejor testimonio de su cariño que llevárselo á bordo del "*Razonable*" nombre que tenia el buque que mandaba, y enseñarle los prime-

¿Qué quereis que llevase á mi madre al regresar á Inglaterra de este viage, sino la piel de un oso blanco? En efecto, cuando volvió Nelson á Norfolk (*), donde nació y donde vivia su familia, entregó á su madre la piel del oso blanco. La buena señora no queria creer la hazaña de su hijo y cuando la creía le parecia imposible que la fiera no lo hubiese devorado.

Esta muestra de valor y de audacia le formó desde temprano una reputacion; así es que en el año de 1777 el almirante Cristóbal Parker se empeñó en que lo acompañase, y en efecto se lo llevó en la clase de teniente á la isla de Jamaica.

En 1779 fué ascendido á capitán de fragata y se le confió el mando de la *Borea*, habiendo tenido bajo sus órdenes al duque de Clarence. Sus expediciones fueron entonces por las costas de la América del Norte.

En 1792, cruzando el Mediterráneo asistió al sitio de Tolon y á los ataques de las plazas fortificadas de Calvi y Bastia. En esta campaña recibió un balazo en la sien, de cuyas resultas perdió un ojo.

Posteriormente atacó y desembarcó atrevidamente, con cosa de seiscientos hombres, en la ciudad de Santa Cruz de Tenerife, creyendo apoderar-

(*) Norfolk, ciudad marítima de Inglaterra, capital del condado del mismo nombre. Su costa está bañada por el Oceano Germánico.

se de los caudales que habian conducido, segun se decia, unos galeones procedentes de México; pero fué rechazado por la guarnicion española, y recibió un balazo en el codo, que le originó la amputacion del brazo. Entónces obtuvo una licencia y se retiró á Lóndres á curar, estableciéndose en *Baker Street* con su familia. Padeció durante algunos meses una inflamacion aguda en sus heridas, que le ocasionó los mas crueles dolores. Restablecido, trató de que se le formase la liquidacion de los sueldos que se le habian dejado de pagar durante el periodo en que se retiró del servicio.

Un empleado de la tesorería de marina se presentó un dia en casa de Nelson; despues de saludarlo, y preguntarle por el estado de su salud, le dijo:

—Comodoro, siento mucho el decir á vd., que sus sueldos atrasados no se le pueden pagar, porque el espediente no está bien comprobado.

—¡Bah! la cosa es muy sencilla, contestó Nelson, yo reclamo la suma que se me debió de pagar por el contador de mi buque, y que no se me pagó porque al atacar á Bastia una maldita bala me dejó sin un ojo, y forzosamente tuve que retirarme á curar.

—¿Con que una bala dejó á vd. tuerto en Bastia, comodoro?

—Pues es claro, replicó Nelson, mostrando al empleado su ojo apagado y vacío.

—Sí... *podrá ser verdad*, contestó el empleado con indiferencia, arrugando los ojos y observando la herida cicatrizada ya.

—*¡Podrá ser verdad!* gritó Nelson colérico, pues qué cree vd. que yo veo, ó que me sirve de algo este ojo?

—Por eso digo, comodoro, contestó el empleado con sangre fría, que podrá ser verdad; pero no me consta de oficio.

—Imbécil, no vé vd. mi ojo?

—Pues comodoro, yo no pago á vd., hasta que no me presente un certificado del cirujano de abordó, en que conste que vd. perdió un ojo; de lo contrario, yo no puedo decirle á nadie oficialmente que está vd. tuerto.

Nelson, apesar de su debilidad, pues estaba aún en la convalescencia, tuvo ímpetus de echar al empleado por la ventana; pero su muger, que estaba presente, lo contuvo y lo condujo á otra pieza.

El empleado se mantuvo firme, y salió diciendo que á él no le constaba que Nelson estuviera tuerto, y que sin una certificacion en debida forma del cirujano, no le habia de abonar ni un solo centavo de pagas atrasadas.

Esta ocurrencia pequeña é insignificante, amargó mucho la vida de Nelson, y lo mortificó tanto como á Van Dick el acontecimiento con los canónigos de Courtray. Ya veremos en qué ocasion tan

solemne se acordó el almirante inglés de su amigo el empleado de la tesorería de marina.

Restablecido enteramente, volvió á entrar de nuevo al servicio, y la primera victoria espléndida y ruidosa de Nelson en su tercera espedicion, fué la que obtuvo cerca del Cabo de San Vicente, apoderándose de cuatro navíos españoles, de los cuales uno de ellos era de ciento doce cañones.

Nelson fué recibido con entusiasmo en Lóndres, y el gobierno le condecoró con el título de *Sir*.

Al ingresar en la nobleza, tenia un título mas; pero un ojo y un brazo de ménos.

Su segunda batalla naval, y decimos su segunda, comenzando á contar por la tercera época de su vida, fué la del Nilo.

La flota francesa se componia de trece navíos de tres puentes, de seis fragatas, y de diez ó quince embarcaciones menores, entre bergantines y lanchas cañoneras.

Nelson con gran atrevimiento y peligro, por causa de los muchos bajos y arrecifes, se colocó entre la costa y la escuadra francesa fondeada en la bahía de Aboukir, y el combate se comprometió casi á tiro de pistola, quedando durante la batalla los navíos franceses en medio de dos fuegos.

El almirante francés, Brueys, murió, y su navío que se llamaba el *Oriente*, saltó á poco tiempo por la esplosion de la Santa Bárbara, pereciendo mas de quinientos hombres que lo tripulaban. El estalli-

do fué tan fuerte, que conmovió las casas de la ciudad de Roseta, distante cuatro ó cinco leguas del lugar de la accion.

Al capitán Dupetit-Thouars le llevó las dos pantorrillas una bala de cañón.

Al caer herido recomendó á la tripulacion que no se rindiera. La tripulacion cumplió su palabra, y cuando los ingleses se apoderaron del "Tonante" no encontraron mas que dos ó tres marineros moribundos.

Nelson destruyó completamente la escuadra francesa, y obtuvo tanta mas gloria, cuanto que se batió, como dice Thiers, con enemigos que hicieron prodigios de heroismo y de valor.

Cuando Nelson volvió á Nápoles triunfante de Aboukir, el rey y la reina en persona salieron á recibirle. A estos reales personajes acompañaba una muger que entónces tenia una posicion social muy elevada y un participio grande en la política.

¿Quién era esta muger? El ser mas curioso, mas interesante, mas original de la época, y nos permitiremos decir dos palabras sobre ella.

Habia en el condado de Chester, en Inglaterra, una pobre criada, cuyo nombre y cuya procedencia se ha perdido en la oscuridad y en el olvido. Esta criada dió á luz en 1760 una niña, que á los nueve ó diez meses era el tipo acabado de una hermosura angelical. La madre, escasa de recursos

abandonó el condado de Chester y se dirigió al país de Gales, que era su patria natal, esperando encontrar algun recurso ú ocupacion por el influjo de los parientes y amigos que allí tenia. Con mil esfuerzos y trabajos logró la madre educar á la niña, enseñándola á leer, á mal escribir y al desempeño de los quehaceres domésticos mas usuales. La muchachuela se llamaba Emma Lyon. Antes de cumplir catorce años, tuvo necesidad de adquirir su subsistencia siguiendo como su madre, el oficio de criada doméstica. Pero Emma tenia ambicion, tenia talento y tenia una hermosura sorprendente, y no quiso como su madre morir abandonada é ignorada en un pueblo miserable del país de Gales.

Ni las deidades fabulosas de la antigüedad, ni las actrices mas célebres de los tiempos modernos, han tenido tantas aventuras ni tantas metamorfosis como nuestra heroína. Comenzó por acomodarse en la casa del hermano de un célebre grabador, en calidad de aya de unos niños, y durante tres años salia todas las tardes tranquilamente, conduciendo á las criaturas á que jugaran y corrieran en los prados y las alamedas; pero esta vida era muy pacífica y muy monótona para su imaginacion ardiente, y se decidió á buscar el ruido y el movimiento de la capital.

En Lóndres entró al servicio de una gran señora. Emma vestia con mas elegancia que su ama, concurría á los teatros y á los espectáculos todas

las noches, y las horas que no ocupaba en adornar y peinar à su ama, las dedicaba à la lectura de novelas y de poesias.

De esta casa donde Emma pudo adquirir modales cortesanos y pulidos y exaltar su imaginacion, demasiado ardiente, pasó al despacho de una taberna frecuentada por cómicos, por músicos, y por marineros.

Algun tiempo despues abandonó la taberna y todos los que la conocian la perdieron de vista, ignorando por mucho tiempo cual habia sido su suerte.

Emma habia encontrado un rico y generoso protector, que la llevó à su casa y la cuidaba y la educaba con el esmero de un padre.

Este protector era Sir John Payne, capitán de la marina de guerra de S. M. B.

Emma aprendió à tocar el piano, à escribir perfectamente, à hablar el francés; ademas, se habituó à vestir con tanto gusto y esmero, como cualesquiera de las señoritas mejor nacidas, y à tener maneras afables, llenas de elegancia y de cortesanía.

Un dia, Sir John Payne recibió una órden urgente para hacerse à la vela. Entrando à la puerta de su casa encontró à uno de sus amigos.

—Venia yo justamente à presentar mis respetos à Miss Emma.

—Mucho me alegro, respondió Sir John, porque precisamente estoy de viage y temo que dure dos ó tres años. Vd. comprenderá, caballero, que un

marino que tiene que pasar las tres cuartas partes de su vida en el Océano, no puede encargarse de custodiar permanentemente joyas que es imposible lleve siempre consigo. ¿Me comprende vd., caballero?

—Perfectamente. Por todas las probabilidades conocidas hasta ahora, muy al contrario de lo que à vd. sucede, pasaré yo las tres cuartas partes de mi vida en la tierra firme; así puedo tener mas oportunidad de cuidar todas las joyas que vd. tenga necesidad de abandonar.

—He hecho todo cuanto he podido por ella, caballero, dijo Sir John, sumergiéndolo los dedos en su caja de polvos. Toca el piano con mucho gusto habla bien frances, es admirable para las ocupaciones domésticas, y sirve el té con tal perfeccion, que en toda Inglaterra no habrá quien la iguale.

Los dos ingleses se despidieron.

Sir John se fué à bordo de su buque.

El caballero fué à presentar sus respetos à Emma, que quedó no poco sorprendida del cambio repentino que se habia efectuado en su posicion y en su fortuna.

¡Pobre Emma, dos meses despues se encontró sola, abandonada, obligada à vender sus trages, sus adornos y sus alhajas y à vagar desde San Pablo à Westminster, en aquellas largas noches de invierno, transida de frio y sin haber tenido muchas ocasiones ni un pedazo de pan que llevar à la

boca. El manto silencioso del olvido, cayó sobre la seductora y brillante Emma.

Repentinamente apareció *Hygea*, la diosa de la salud, y los pintores, los escultores y los artistas todos acudían en tropel á reproducir aquella divinidad griega, ignorada hasta entónces, de formas pulidas y de proporciones admirables.

Un jóven, sobre todo, instruido, juicioso y de la noble familia de Warwick, se enamoró perdidamente de *Hygea* y le prometió casarse con ella.

Este jóven se llamaba Cárlos Greville, sobrino de Sir Guillermo Hamilton, embajador de Inglaterra en la corte de Nápoles.

Desde que el tío supo el descarrío de su sobrino y la locura que pensaba hacer, casándose con una muger de oscuro nacimiento, y conocida solamente en el mundo galante por sus raras y escandalosas aventuras, se enfureció de tal manera y concibió tal odio por Emma, que dió instrucciones á sus amigos de Lóndres para que á toda costa, y haciendo el sacrificio y gasto de cualquier suma, por escesiva que fuese, impidiesen el casamiento y separasen definitivamente á Cárlos de la compañía de tan despreciable criatura.

Emma y Cárlos se amaban. Un rayo no les hubiese hecho mas daño que la noticia de la obstinación del viejo embajador. ¿Qué hacer? Emma, que no perdía la serenidad de espíritu aún en medio de los mayores infortunios, pensó que en vez de

escribir cartas y de emplear el favor y el resorte de personas estrañas, era mejor afrontar la dificultad y presentarse en persona á defender su propia causa.

Emma partió para Nápoles. Muchas lágrimas, muchos suspiros y promesas ántes de separarse; pero el gran consuelo de los pobres amantes era la esperanza de volverse á ver muy pronto y reunirse para siempre por medio de un lazo santo é indisoluble.

Emma llegó á Nápoles. Sir Guillermo no solo no quiso verla al principio, sino que intentó marcharse al campo. Dirémos una palabra sobre Sir Guillermo. Era un hombre de edad madura, aficionado á los viages, de dicado con pasión al estudio de las antigüedades y de las ciencias. Había estado mas de veinte años ausente de Inglaterra, y hecho mas de veinticinco ascensiones al Vesubio. La coleccion de lavas de Sir Guillermo no tenía rival en Europa. En cuanto á su carácter era amablemente frio como un verdadero escocés, bueno y noble como el escudo de los Hamilton de quienes procedía.

Emma y Sir Guillermo se vieron al fin.

Emma, vestida elegantemente. Sir Guillermo con su traje sencillo y monótono.

Emma con la sonrisa en sus lábios suaves y purpurinos, con el amor y el ruego en sus grandes ojos, y la seduccion en todos sus movimientos y accio-

nes. Altiva, suplicante, llorosa, despechada; en una palabra, todas las mas ardientes pasiones estaban retratadas á su vez en el rostro siempre seductor, siempre hermoso é interesante de Emma.

Sir Guillermo, con la frialdad escocesa, con la gravedad diplomática, tenia el firme ánimo de no cambiar ni la direccion de sus miradas, ni las inflexiones de su voz, ni la posicion de sus cejas ni la de la frente. Impasible, severo, inmutable en su resolucion, se proponia rechazar todas las pretensiones y aniquilar todas las esperanzas de Emma.

Así se presentaron los dos adversarios, cada uno con sus armas ofensivas y defensivas, cada uno con una coraza exterior en el pecho, y con una coraza todavía mas fuerte en el corazon.

Emma y Sir Guillermo por fin se vieron y se hablaron.

La sirena venció. El amor, como siempre, dirigió al leon con una hebra de seda.

El lector querrá saber si por fin el viejo embajador consintió en el casamiento de su sobrino Carlos con Emma.

Nada de eso, la victoria fué todavía mas completa y mas decisiva.

Sir Guillermo por vía de indemnizacion se hizo cargo de pagar las deudas de su sobrino Carlos Greville, que eran enormes y se casó con Emma, la que desde ese momento entró á la nobleza británica con el nombre de Lady Hamilton.

El embajador y su nueva consorte se establecieron en un suntuoso palacio en Nápoles, y la aristocracia, los poetas, los escritores, se apresuraron á concurrir á los salones de esta divinidad de moda en cuya sociedad y compañía se olvidaban las calamidades de la guerra, y los grandes é importantes acontecimientos de la época.

Una noche se presentaba Lady Hamilton como una *bayadera* oriental, y sus movimientos, sus ojos lánguidos, revelaban de una manera admirable á aquellas mugeres nacidas en el clima de la Persia, embellecidas todavía mas por la imaginacion de los poetas (*). Otra noche la bayadera desaparecia y en su lugar se presentaba la seductora Aspasia, la desgraciada Dido, ó la interesante Elena, y entonces los concurrentes se veían trasportados como por encanto á los tiempos heróicos y poéticos que han cantado Homero y Virgilio. Todo esto era en Nápoles, en la ciudad de las flores y de los aromas, de los volcanes y de los amores.

Allí fué Nelson, mandando el poderoso buque *Agamenon*; allí fué el génio de los mares, allí fué cautivado por los encantos de esta muger, allí fué coronado por el amor despues de la espléndida victoria de Aboukir, allí fué recibido en triunfo por

(*) Lady Hamilton fué la que inventó el baile llamado *Schall*, que hemos visto ejecutar en el teatro de México por Mr. y Madama Momplaisir.